

El científico ha de ser muy cauto cuando un resultado contradice tan radical y tan estruendosamente hechos y teorías firmemente asentadas.

Cuando eso sucede algo falla.

Lo que ocurre es que el afán de notoriedad y las ganas de ser pionero en algún descubrimiento sensacional hace olvidar los más elementales principios de seriedad y respeto a la inteligencia y se cae en el ridículo más lamentable.

A la memoria me viene el excelente libro de Jean Rostand *Ciencia falsa y falsas ciencias*, excelente en todos los conceptos, en el que nos relata la historia del físico francés René Blondlot y su famoso “descubrimiento” de los rayos N. Es notable la cabezonería de este buen señor que creyó el descubridor de unas misteriosos y chocantes radiaciones que iba a revolucionar la física de su tiempo. Lo grave no fue la equivocación, hasta los más grandes científicos han cometido fallos, lo grave fue la pertinaz resistencia de Blondlot y de otros seguidores, en los que había incluso físicos de algún renombre, a reconocer el error.

Creo de verdad que hay principios que están firmemente asentados. Verdades fundamentales de la naturaleza que es muy poco probable que varíen nunca.

Otra cosa es que se desarrollen teorías donde estos hechos, o las fórmulas que los relacionan entre sí, se afinen más y lo que hoy tenemos como una teoría general, se convierta mañana en un caso particular de otra teoría más amplia, como la ley de la gravitación de Newton ha sido englobada en la teoría general de la relatividad de Einstein.

También es posible que se enuncien nuevas teorías que relacionen hechos aparentemente inconexos entre sí. Es casi seguro que se abrirán caminos insospechados.

Mas creo que las rutas de la futura ciencia no discurrirán por terrenos fantásticos y descabellados. No habrá una ruptura drástica con el saber de hoy. Lo que hoy es burda patraña, o sea pseudociencia, mañana continuará siendo burda patraña, o sea pseudociencia.

Por consiguiente, algunos científicos que han participado en hechos lamentables y siguen participando hoy en día, pues el mundo del engaño no terminó desgraciadamente con el descrédito del espiritismo, estos científicos tienen al alma débil, la formación académica endeble y su fe en la razón, escasa.

El científico soñador está en su derecho y yo diría que incluso es su deber. Ensanchar las fronteras de la ciencia es un reto formidable. Gracias a estos soñadores la ciencia llega y llegará a límites insospechados.

Sin embargo el científico crédulo, incauto y, ¿por qué no? tramposo, no merece ese noble nombre de científico. Es digno de lástima o de burla e incluso de escarnio, por su debilidad intelectual y no es digno de llevar ese honroso nombre. Admitiendo unos hechos que tan frontalmente niegan la ciencia, se aparta del mundo científico y se exilia del mundo del que dice pertenecer.

El libro es una descripción de los más rancios y absurdos fenómenos espiritistas. No existen, a lo largo de las casi 400 páginas, ni un asomo de crítica ante lo extraordinario de los hechos, ni una mínima suspicacia.

Fantasmas, espíritus, levitaciones, materializaciones, premoniciones, profecías, ruidos, locaciones, etc. todo se da como bueno, todo se admite como real, todo se deglute con imperturbable credulidad y con grotescas tragaderas.

No se contempla la posibilidad, aún remota, del fraude.

El libro no es ni siquiera divertido. Es un aburrido compendio de fenómenos que llegan a hastiar por su monotonía y su prosa monocorde.

Un solo capítulo del librito de G. M. Heredia *Los fraudes espiritistas y los fenómenos metapsíquicos*, es más valioso y más razonable que las 400 páginas de éste que ahora nos ocupa.

Se dice que todo libro, malo o bueno, tiene algo que aportar. ¡Aquél que dijo esto no había leído a Lombroso!

José Luis Gracia Baranguá

Infiltrado

Connie Willis:

Libros del Atril, 2006. 96 páginas.

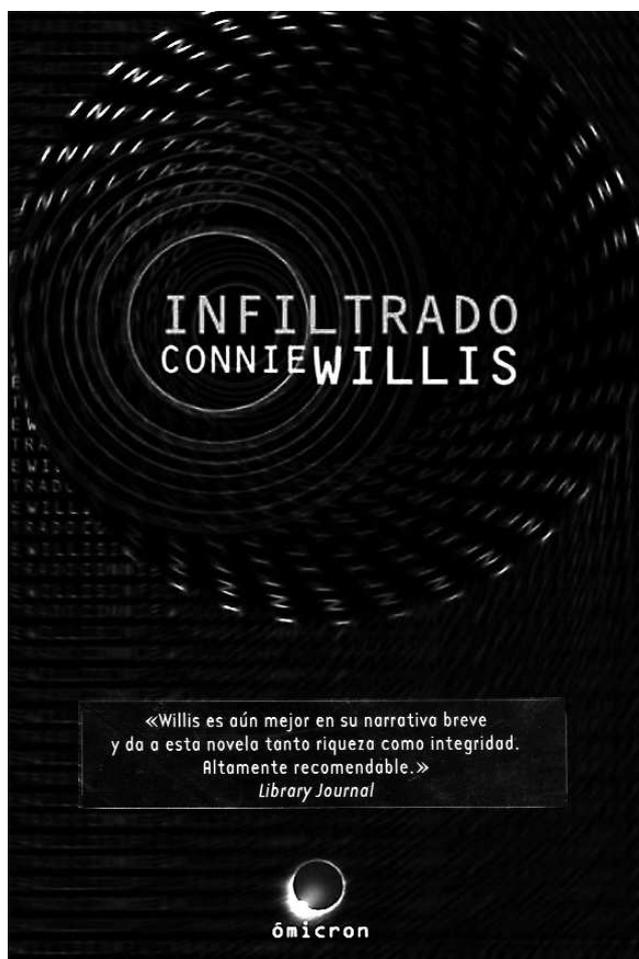
Título Original “Inside Job”.

Traducción: Pedro Jorge Romero.

Paradoja escéptica

La escritora de ciencia ficción Connie Willis ya había dado muestras de tener un talante escéptico. En su novela *Tránsito* exploraba el tema de las experiencias cercanas a la muerte y, a pesar de tratarse de ficción, lo hacía con un rigor científico encomiable, desacreditando a los vendedores de misterios, explicando que los testigos pueden ser influenciados por los entrevistadores que quieren ver apariciones a toda costa, y no dejando el más mínimo resquicio a lo paranormal.

Pero en esta ocasión se supera. Creo que es el primer libro



de ficción que se puede calificar de escéptico. El protagonista es el editor de una revista *El ojo cínico* que se dedica a investigar y desenmascarar a videntes, sanadores y otra fauna pseudomística que pulula por Hollywood y alrededores. Cuando su ayudante le insiste en asistir a una sesión de Ariaura, una canalizadora que habla por boca de Isus, un sabio de siglos pasados, se muestra renuente. Los canalizadores son difíciles de desenmascarar porque ¿Quién sabe lo que dijo o pudo dejar de decir un sabio que vivió en Lemuria? Pero no es la sabiduría mística de segunda mano lo que resulta ser interesante: Ariaura canaliza -aparentemente sin control- a una de las grandes figuras del escepticismo: Henry Louis Mencken.

La autora retrata con mano firme y gran sentido del humor al público de estos videntes, y consigue escenas muy divertidas cuando el espíritu se dedica a ponerlas de vuelta y media. El protagonista investiga el caso con un rigor envidiable, pero no se libra de la paradoja central ¿Cómo puede el espíritu de un escéptico demostrar que no es cierto lo que realmente está haciendo?

No nos asustemos; en la ficción puede ocurrir cualquier cosa y con esto juega la autora. No quiero dar más detalles de la trama para no aguar la fiesta a futuros lectores, pero al acabar no pude dejar de pensar en qué es lo que pasaría si una legión de espíritus escépticos se dedicaran a copar los canales místicos y a criticar a los videntes. Sería un espectáculo digno de verse.

Visto el resultado, a uno le gustaría que hubiese más libros de este estilo. Imprescindible para cualquier biblioteca escéptica.

Iker, El Mago Del Misterio; Los Expedientes X De Cuarto Milenio... Al Descubierta

Antonio Luis Moyano.
Colección Investigación Abierta.
Editorial Nowtilus, 2010.

Sólo para fans muy, muy crédulos de Iker Jiménez, que quieran poner a prueba su fe.

En cualquier gremio mucha gente llega a la cima a base de pegar codazos o de saltar por encima de otros que te tenían por amigo. El “periodismo del misterio” no es una excepción.

Tampoco es nada nuevo que al otro lado (del pensamiento racional), los cuchillos estén afilados y haya bandos enfrentados. Sólo hay que recordar el famoso libro de Antonio Ribera “*El secreto de Urantia, ni caballos ni troyanos*” en el que denunciaba las “fuentes” de Juan José Benítez para sus Best Sellers (por cierto que JJ, respaldado por la todopoderosa editorial Planeta, le puso una demanda, que ganó, y llevó a Ribera a la ruina).

En el caso que nos ocupa hoy, Antonio Luis Moyano, frecuente colaborador de revistas como *Enigmas*, *Año Cero* o *Más Allá*, ajusta cuentas con Iker Jiménez. El problema es que el escritor en demasiadas ocasiones confunde la crítica objetiva, o la exposición de hechos, con la descalificación personal y la inquina que se nota que le tiene, no sólo a Iker, sino principalmente a su esposa Carmen Porter (¿Qué aporta al texto el capítulo 0 que es un supuesto desayuno en casa de los Jiménez-Porter?).

Yendo al detalle, la primera parte (vida y milagros de san Iker) está redactada en forma de anécdotas inconexas que

tienen como hilo conductor ¡¡gestaciones del metro de Madrid!! Un poco de orden en la narración, o seguir una línea cronológica, hubiera facilitado la lectura.

Quizás lo más destacable sea el episodio que dedica a los orígenes de la relación con la *Cadena Ser* e Iker Jiménez. Según se cuenta todo empieza con una llamada telefónica a la redacción de la revista *Enigmas* preguntando por Julio Barroso para una colaboración en *Ser Curiosos*, pero que Iker Jiménez se encargó de anotar. A Julio Barroso nunca le llegó el recado y fue Iker quien empezó en la *SER*. Esta anécdota se reitera en el epílogo, del propio Barroso, que también se atribuye la autoría del formato y la sintonía de Milenio 3, a semejanza del programa “*La Luz del Misterio*” que Barroso realizaba en *Radio Extremadura* y que propuso a la *SER*.

La segunda parte, dedicada a cuarto milenio, la dedica a presentar las meteduras de pata, archiconocidas y archidivulgadas en numerosos foros, como las fotos (falsas) de las niñas fantasmas, o tragarse con anzuelo, caña y pescador el montaje de Joan Fontcuberta (Ivan Stochnikov en ruso) sobre el astronauta fantasma.

Quizás lo que más me ha llamado la atención sea que el autor, que en la introducción declara que cree en el monstruo del Lago Ness, los ovnis y en “lo paranormal”, cita en numerosas ocasiones tanto la revista *EL ESCÉPTICO* y *El Escéptico Digital*, como el libro de Félix Ares en la colección “*¡Vaya timo!*”.

En ciencia la calidad de un artículo se mide por el número de citas que recibe, algo bien deberemos estar haciendo desde esta revista cuando nos citan, aunque sea desde el otro lado del pensamiento racional.

J. M^a Mulet

